

FRAY ALEJO, UNO DE LOS SIETE

(*LEGENDA DE ORIGINE ORDINIS, 24*)



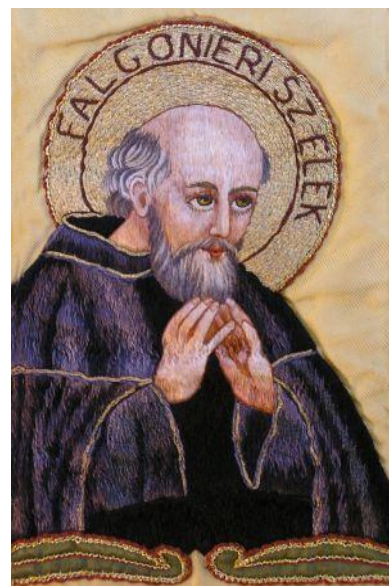
Carta del Prior General
de la Orden de los frailes Siervos de santa María
fray Ángel M. Ruiz Garnica
a la Familia Servita
en ocasión del 700º aniversario de la muerte
de san Alejo de Florencia († 1310)



LOS SANTOS Y LA CONTEMPORANEIDAD DE CRISTO

*Irás en busca, día tras día, de las personas de los santos,
para que puedas hallar reposo en sus palabras*¹

1. Queridos hermanos y hermanas: a esta experiencia eran exhortados los cristianos de las primeras generaciones, inmediatamente después de la muerte de los Apóstoles, por aquello que se considera uno de los textos más antiguos entre los no canónicos, la *Didaké*. En este horizonte considero como una circunstancia



providencial el séptimo centenario de la muerte del último de nuestros Siete santos Fundadores, Alejo de Florencia († 1310) que recordaremos en el 2010. He decidido ofrecer a toda la Orden y a la Familia de los Siervos y Siervas de María una reflexión que ayude a valorar este significativo acontecimiento de nuestra historia.

2. La presencia de los santos a lo largo de toda la historia de la Iglesia siempre me ha interrogado sobre la experiencia que vivieron estos hombres y mujeres de la persona de Jesucristo el Señor.

En el fondo, desde la Ascensión de Jesús al cielo, faltando su presencia física como experimentamos las relaciones entre nosotros, y luego con la desaparición de la generación de los que vivieron junto a Él (los Apóstoles, ante todo, pero no sólo ellos) se presentaba el problema del cristianismo – y se presentará del mismo modo por durante todo el tiempo – de una manera dramática: ¿Cómo podemos vivir la misma experiencia nosotros, que no hemos tenido la suerte de existir en el mismo período en que el Hijo del Hombre pisaba el suelo de nuestra tierra? ¿Estamos destinados a vivir la vida en cierto sentido “apretando los dientes” porque, después de todo, no tuvimos la suerte de vivir en el período áureo de los orígenes, sino que hemos venido después? ¿Es sólo un esfuerzo de imaginación lo vivido por los santos?

3. La cuestión radical que atraviesa toda la experiencia de la Iglesia es la misma que nos interpela a nosotros Siervos y Siervas de María del tercer milenio, que no hemos tenido la posibilidad de vivir “codo a codo” con los Siete primeros Padres, con Alejo y sus compañeros. ¿Nosotros también estamos condenados a imaginar cómo vivieron nuestros primeros Padres, resignándonos a no poder vivir lo que ellos vivieron, porque nacimos después? ¿O existe la posibilidad de vivir la misma experiencia de ellos, perpetuada en nuestro tiempo?

4. Me parece que desde hace algunos siglos, sobre todo en la cultura occidental, nos encontramos frente a dos “mitos”, contradictorios entre sí pero consolidados, también en nuestra mentalidad.

De hecho, mientras se profesa la fe en un incesante progreso sobre todo en el campo de la investigación científica y tecnológica – por lo cual naturalmente la vida llevaría a progresar siempre más –, por otra parte, desde el punto de vista de la experiencia humana y más aún religiosa, vivimos resignados al hecho de que a medida que nos alejamos del origen de un acontecimiento, la intensa carga de aquella experiencia de vida, natural e inevitablemente, tenga que decaer y tengamos que conformarnos con lo que nos haya tocado en suerte.



5. La experiencia pascual de los Apóstoles y las primeras generaciones de cristianos, en cambio, vuelve a poner en juego la libertad de Dios y la del hombre, verdaderos protagonistas de la historia: para Cristo resucitado el tiempo y el espacio no son límite sino puro instrumento expresivo; de manera que los que adherían al cristianismo pocas décadas después de la muerte y resurrección de Cristo, o en los primeros difíciles siglos de nuestra época, tenían la consciencia de poder encontrarse realmente con Cristo resucitado, experiencia que tenía exactamente el mismo alcance de lo acontecido a los primeros amigos de Jesús. Cristo es de veras contemporáneo a nosotros: “Yo estaré con

ustedes todos los días, hasta el final de los tiempos” (Mt. 28, 20).

6. Análogamente, me parece, podemos acercarnos a los textos de nuestros orígenes, y en particular a la *Legenda de origine Ordinis* (LO), en la consciencia de poder vivir y revivir la experiencia humana y religiosa de Alejo y los sus primeros amigos descrita en nuestro precioso texto.

Quisiera, pues, releer junto a ustedes, aunque a grandes rasgos, la experiencia humana y religiosa de los Siete y en particular de Alejo, para luego intentar, en un segundo momento, descubrir en nuestro tiempo las mismas huellas del carisma donado por el Espíritu a nuestros Fundadores.

LA EXPERIENCIA DE LOS SIETE PRIMEROS PADRES

7. Sin querer agotar la descripción de las características significativas de la vida de los Siete, deseo indicar tres elementos que me parecen significativos también para nuestra vida.

La primera característica que aparece evidente ante nuestros ojos es que se trata, para decirlo con el papa Paulo VI, de **“una pequeña comunidad de almas fraternas” en continua búsqueda.**

También para la celebración de este centenario de la muerte de Alejo estamos obligados a partir no del individuo – aunque Alejo sea un santo fraile y su testimonio personal sea de gran estímulo y ejemplo para todos nosotros – sino del hecho que estamos frente a un puñado de hombres que, aunque habrían podido considerarse satisfechos por una significativa posición social y económica, están en búsqueda del sentido de la vida.

Esta búsqueda no se agota jamás, es como una sed que no se sacia aunque se haya de algún modo llegado al Manantial, porque la característica de esta sed no depende de nosotros, sino de la Fuente misma. Y nosotros, hombres y mujeres del tercer milenio, tenemos siempre que pedirle al Señor, a nuestra Señora y a nuestros Siete primeros Padres, la inagotable sed de Cristo.

8. Me parece, además, que se trate de **hombres abiertos a la realidad con los ojos de un niño.**

Si, imaginando, nos encontráramos abriendo por primera vez los ojos a la realidad con la consciencia de nuestra edad actual, ciertamente el sentimiento que nos dominaría sería el estupor por las cosas que existen y que no hemos hecho nosotros: la realidad como “dada” y que por lo tanto supone un “Dador”.

La ingenua sencillez con que los Siete reconocen la mano del Señor y de nuestra Señora en las vicisitudes concretas de su vida (la fecha del principio; el fundamento y por lo tanto la fundación de su «amistad de caridad»^[2] obra no suya sino de la Virgen María; el nombre recibido; la regla y el hábito que obtuvieron cuando la experiencia poco a poco fue madurando) me parece que tiene esa característica, que creo que tenemos que recobrar.

No se trata de ser ingenuos o simplones, sino de mantener la posición original con la cual hemos sido introducidos en la realidad: “Les aseguro que si no cambian y se hacen como los niños, no entrarán en el reino de los



cielos. El que se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos” (Mt. 18, 3-4).

9. Por fin me parece interesante subrayar la capacidad y el deseo de asumir y llevar a cabo juntos las decisiones tomadas.

Quiero recordar en particular por una parte la resolución de vivir un período de oración más retirada dejando la ciudad, en obediencia a la voluntad de Dios (LO 40 y 41), y por otra aquella, aparentemente contradictoria pero llena de fe – después de haber acogido a nuevos compañeros (LO 48) – de dejar el monte para salir al encuentro de sus hermanos los hombres. Atestigua la *Legenda de origine Ordinis*: “Contribuyeron así, con el auxilio del Señor, a su propio bien y perfección, y queriendo cumplir en todo la voluntad de Dios, aceptaron en su comunidad a muchos hermanos y compañeros, gratos a ellos y al Señor. Desde aquel momento, guiados por Dios, empezaron a recibir varios conventos aptos para su vida penitente” (LO 49).

La obediencia a la voluntad de Dios, reconocida juntos, es una característica de la vida religiosa de los Siervos y Siervas de María que, pienso, hay que redescubrir siempre más.



ALEJO DE FLORENCIA

10. Pasando a considerar en particular la figura de fray Alejo de Florencia, es indudable el hecho de que el autor de la *Legenda de origine* nos lo presenta como testigo de los hechos y de la vida de los orígenes.

Con evidente simpatía y admiración y reconociendo su autoridad, la *Legenda de origine* se refiere a la persona y a la vida de Alejo para poner en evidencia los elementos que fueron determinantes para la Orden de los Siervos de María en las primeras décadas de vida.

Escribiéndoles a los frailes de su tiempo el autor – muy probablemente fray Pietro Sapiti de Todì, prior general de 1314 a 1344 – en el deseo de no perder la intuición y el entusiasmo original después de la aprobación definitiva de parte de Benedicto XI y la consolidación de la vida de la Orden – en aquellos años en continuo progreso – llama a la memoria de todos los frailes las vicisitudes atravesadas por las primeras generaciones y

recuerda lo providencial de la intervención de la Virgen María en la constitución y en el desarrollo inicial de la Familia de los Siervos.

Alejo, pues, es propuesto como testigo acreditado acerca de **la fundación de parte de María** de la nueva compañía de religiosos del Senario. El santo fraile afirma en efecto: “Nunca fue mi intención, ni la de mis compañeros, fundar una nueva Orden; ni que de la comunión recíproca entre mí y mis compañeros surgiera una multitud tan grande de frailes. Mis compañeros y yo pensábamos solamente que de Dios habíamos recibido la inspiración de vivir juntos para cumplir más fácil y dignamente su voluntad, después de haber abandonado materialmente el mundo. Por tanto, todo esto hay que atribuírselo exclusivamente a nuestra Señora; y de ella nuestra Orden toma su nombre particular de Orden de la bienaventurada Virgen María”. (LO 24).

También acerca de la **fecha de la fundación** (LO 12) y el **nombre de la Orden** (LO 33: “Yo, dijo (fray Alejo), nunca pude saberlo; ni por mí, ni por otros tampoco se pudo jamás averiguar que este apelativo haya venido del hombre por primera vez: y por tanto recuerdo siempre que yo y los otros compañeros mis hermanos hemos creído oportuno

afirmar que fue otorgado a nuestra Orden sólo por nuestra Señora”) Alejo es testigo directo de la acción de la Virgen.

11. Pero no es solo esta la intención de la *Legenda de origine Ordinis*. Fray Alejo en efecto es propuesto por fray Pietro de Todi también como **testigo de la vida conducida por los Primeros padres de la Orden** – indudablemente para llamar la atención de sus coetáneos, pero esto vale evidentemente también ahora para nosotros – hacia la modalidad simple, obediente, casi frugal de la vida del testigo que está proponiendo a toda la Orden.

Sobre algunos de estos elementos quisiera detenerme en particular con ustedes, mis hermanos, pero sin excluir algunas reflexiones que pueden ser válidas para todos los componentes de la Familia Servita, cada uno en el propio estilo de vida.

12. Alejo, ante todo, como sus compañeros del principio, era **laico**: en fuerza del Bautismo (y de la profesión religiosa, que refuerza pero no añade nada al carácter bautismal) vivía su vida tal como se describe con breves pero eficaces rasgos en la *Legenda de origine Ordinis*, y como se puede deducir de la documentación archivística en nuestro poder.

El redescubrimiento de la fuerza “explosiva” del Bautismo es un camino que está implicando a toda la Iglesia, llevada de la mano en estos últimos años por el papa Benedicto XVI^[3] y tiene que ver con la experiencia de la contemporaneidad de Cristo que arriba he señalado.

Por una parte, pues, también para los que han recibido el don de la ordenación presbiteral entre nosotros, es necesaria una nueva consciencia de la fuerza absoluta del Bautismo que constituye a cada uno de nosotros como “nueva criatura”; por otra parte es deseable un nuevo florecer de vocaciones laicales en nuestros conventos, para poder presentar en su entereza la belleza de nuestro carisma.



13. Se nos propone la figura de Alejo también por la que yo definiría **la no búsqueda del privilegio “debido”** (por ancianidad, por autoridad o también competencia) a través de una “diversidad” que es a veces afirmación estéril de si mismo.

Esta llamada está perfectamente en línea con algunos pasos de la Regla de san Agustín, donde se afirma: “Y los que no tenían [bienes], no busquen en el monasterio lo que no podían tener fuera de él. No obstante, concédase a su debilidad todo lo que sea necesario, aunque haya sido tanta su pobreza estando afuera, que no podían tener ni lo estricto necesario. No se consideren dichosos porque han encontrado el alimento y el vestido de que antes carecían” (n. 6); “Si alguna vez acontece que deba hacerse alguna distinción en la comida a favor de ciertas complexiones débiles y delicadas, no deben llevarlo a mal, ni debe parecer injusto a las otros que por hábito o temperamento son más fuertes. Ni tampoco, por ello deben estos considerar a aquellos como más felices, porque se les dan manjares que a ellos no se les conceden. Antes bien, deben alegrarse consigo mismos, porque con sus fuerzas pueden hacer lo que otros no pueden” (n. 16); y por fin, lapidariamente: “más vale necesitar poco que tener mucho” (n. 18).

Esta sencillez y sobriedad de vida es ciertamente un valor que va contracorriente con respecto de la mentalidad de hoy, de la que también nosotros estamos impregnados: pero creo que este valor debe ser decididamente recuperado para una serenidad de vocación y también de testimonio personal y comunitario.

14. Quisiera igualmente poner en resalto, en la vida de fray Alejo de Florencia, el amor al trabajo, aun manual.



La *Legenda de origine* lo dice explícitamente: “No evitaba los trabajos materiales, como de ordinario acontece a esa edad, sino que siempre los realizaba hasta más allá de sus fuerzas; y, aun cuando los frailes se quejaban por eso, no escatimaba esfuerzo alguno en cumplirlos, con gran deleite suyo” (LO 27).

Es sobremanera conmovedor, por lo demás, revisar el *Registro de los ingresos y egresos de Santa María de Cafaggio* de los años 1286-1289 y ver las anotaciones de las cifras semanalmente remitidas por fray Alejo a su depositario en

consecuencia de la cuestación que hacía cada sábado. También el trabajo de las propias manos que, junto a la comunión de los bienes y al modesto tenor de vida, es propuesto como elemento constitutivo del testimonio de pobreza evangélica (Constituciones OSM, cap. VII), es un valor que, en el año conmemorativo de la muerte de Alejo, podemos y tenemos que recobrar.

Considero en efecto que si no estamos persuadidos y disponibles a comprender todo lo que nuestra vocación implica – hasta las consecuencias más concretas – los sacrificios que esta nos solicita pueden parecer objeciones, mientras que son simplemente descripciones de una vía, condiciones de un camino. Esto es una gran lección de la vida de fray Alejo.

15. Subrayo además la delicada atención a los jóvenes religiosos, en particular a los primeros estudiantes de la Orden en la gran Universidad de París, a través del préstamo de una suma de dinero al prior general para su mantenimiento.

Vivimos un momento difícil y al mismo tiempo hermoso y prometedor para la Orden y la Familia de los Siervos y Siervas de María, en el cual, frente a la disminución de vocaciones a nuestra Familia religiosa en algunas zonas, estamos felizmente sorprendidos por el crecimiento en otras regiones, de reciente o ya consolidada evangelización.

Del desarrollo de esta bendición del Señor somos responsables. Es evidente a todos que el corazón de san Alejo, que ve las necesidades y provee según sus posibilidades a las necesidades de la formación de los jóvenes, tiene que encontrar de nuevo ejemplos (¡y cuántos están ya en acto!) para que nuestro carisma todavía pueda ser útil a la Iglesia y al mundo.



16. Último elemento, pero no menos importante, es la muerte de Alejo.

Ciertamente los últimos años no habrán sido fáciles para nuestro santo fraile: edad avanzada, achaques varios, y aquella sutil tentación de sentir inútil la propia existencia

que a menudo atenaza y define una larga vida a su ocaso, tienen que haber constituido una característica de los últimos tiempos también de Alejo. Y pienso que esta puede ser, y en algunos casos lo es, la experiencia de algunos de nosotros, llegados a una venerable edad.

Sin embargo tenemos que pedirle al Señor que esta sensación no sea determinante en nuestra vida. Hay una utilidad misteriosa, conocida ahora sólo al Señor y a los ángeles, de cada instante de nuestra vida. Es testigo de ello la narración de la muerte de Alejo, que, como ocurre para cada uno, refleja su entera vicisitud humana.

Él muere rodeado por los frailes (como es tradición entre nosotros) y también el último instante de su existencia es definido y determinado por la relación con Cristo, que lo ha marcado por toda la vida: Él “antes de morir, a demostración de la contemplación y la pureza suya y de sus compañeros, vio que unos ángeles venían a su encuentro en forma de aves blanquísimas y de una hermosura indescriptible; en medio de esas aves y ángeles estaba Cristo, en la forma de un bellissimo niño, con una corona de oro sobre su cabeza. Gritando con fuerte voz, indicó a los frailes que estaban a su alrededor lo que estaba mirando” (LO 28). La relación con Cristo, reconocido también a través del rostro de los hermanos, es el secreto para que la vida sea siempre percibida como útil, significativa, buena.

LA ORDEN HOY, CAMINO A LA SANTIDAD

17. Queda un elemento que me parece decisivo y que por lo tanto deseo subrayar.

Los textos que describen la experiencia de nuestros orígenes, así como otros textos que constituyen las que estamos redescubriendo como nuestras *Fuentes histórico-espirituales*: son hermosos y también estimulantes, pero pueden ser víctimas de nuestra interpretación.

Si no hubiera **hoy esta diversidad de vida**, presente en nuestras comunidades, entre de nosotros, acabaríamos pronto en el nihilismo de las interpretaciones, solos con nosotros mismos, sin una diversidad con la cual sacar cuentas.

Si aún hoy entre nosotros no hubiera ejemplos de frailes para quienes la relación con Cristo sea decisiva hasta en los detalles de la vida, el carisma estaría muerto y enterrado; si no volviera a acontecer el fenómeno inicial y original, no habría desarrollo, porque no hay desarrollo alguno si aquel impacto inicial no se repite, es decir, si el Acontecimiento de Cristo no permanece contemporáneo.

Por esto pienso que tenemos que lograr testimoniar entre de nosotros (como por ejemplo hemos intentado hacer en la celebración del reciente capítulo general a través de los tres testimonios sobre la pobreza evangélica) lo nuevo que está ocurriendo, las experiencias y las personas que vuelven más evidentemente al ideal inicial. No debemos temer dar nombres y apellidos para poder ver también hoy día el espectáculo de la santidad en acto, aunque este tesoro esté “en vasijas de arcilla” (1Cor 4, 7). Creo que también durante nuestros encuentros fraternos a los varios niveles, se tenga que llegar a valorizar siempre mejor experiencias en acto entre de nosotros, que testimonian la vivacidad y la contemporaneidad del carisma que fascinó la vida de Alejo y sus amigos.

Haciendo más las palabras del papa León Magno en una homilía para la Epifanía, repito a todos nosotros: «Esta estrella nos exhorta a todos a que sigamos, según nuestra capacidad, las invitaciones de la gracia, que nos lleva a Cristo. Todos, amadísimos hermanos, debéis emularos en este empeño¹⁴¹». Como también otro gran pontífice, Gregorio Magno, escribía: «Para que su demanda de justicia no quede oculta en nosotros, sólo falta que cada uno de nosotros, a medida de sus



posibilidades, dé a conocer a los demás el misterio de su vivificación^[5]».

18. A la luz de esta breve relectura de la vicisitud humana y religiosa de fray Alejo de Florencia, considero pues importante y, en cierto sentido, también urgente **recobrar el estilo de vida sobrio**, aunque no exagerado, descrito en la vida de los Siete y de Alejo en particular.

Creo que tenemos que reapropiarnos del sano concepto de “justo medio” varias veces mencionado en la *Legenda de origine* (n. 19, con respecto de las acciones en general; 27, acerca del vestuario; 30, en relación a pensamientos, palabras, sentimientos y acciones). Se trata de proseguir el camino indicado por los últimos dos capítulos generales, que han indicado algunas prioridades y para este presente sexenio tienen la pobreza evangélica como objetivo a perseguir para la verdad de nuestra vocación y nuestro testimonio.

19. Es evidente, sin embargo, que para comprender correctamente qué cosa se entienda por “justo medio” en nuestro tiempo no basta una reflexión personal, sino que se tiene que recobrar un método de **discernimiento comunitario** (que tiene en el Capítulo y en la Lectio Divina la modalidad más consolidada y segura), que pueda tener mejor en cuenta todos los factores en campo (entorno circunstancial, situación de la comunidad, necesidades de la Orden y de la Iglesia local...), ayudándonos a revivir la dimensión comunitaria constitutiva de la fraternidad de nuestros Siete primeros Padres.

20. Queridos hermanos y hermanas, es ciertamente deseable una vida como la de fray Alejo descrita en la *Legenda de origine Ordinis*.

Mi esperanza y mi oración al Señor y a nuestra Señora son que la circunstancia providencial de la celebración de los setecientos años del nacimiento al cielo de nuestro santo fraile Alejo sea oportunidad de llamamiento para cada uno de nosotros que vivimos, en diferentes condiciones (frailes, monjas, religiosas, laicos) la espiritualidad y el carisma de los Siervos de María, para que también nuestro testimonio pueda ser más incisivo y significativo para nosotros mismos en primer lugar, y para nuestros hermanos los hombres.

Desde nuestro convento de Nairobi, 22 de septiembre de 2009

Memoria de la Dedicación de la iglesia de Monte Senario

fray Ángel María Ruiz Garnica
Prior General

Textos de la *Legenda de Origine Ordinis* (1317-1318)

ALEJO, JUNTO A FELIPE EL TESTIGO DE LOS
ORÍGENES

14. Durante los veintidós y más años que por divina misericordia he estado en la Orden, he podido escuchar a muchos frailes ancianos, de los cuales unos ya murieron y otros, muy pocos, aún viven. De ellos conservo el recuerdo, en primer lugar del citado fray Alejo, quien fue uno de los primeros frailes de nuestra Orden.

26. Existieron pues siete hombres de tan alta perfección, que nuestra Señora consideró digno dar principio a su Orden por medio de ellos. Cuando yo entré en la Orden no encontré a ninguno de ellos todavía vivo, con excepción de uno que se llamaba fray Alejo, a quien ya he mencionado. Agradó a nuestra Señora librar de la muerte corporal a fray Alejo hasta nuestros tiempos, para que, por sus relatos, conociéramos el origen de nuestra Orden, y así pudiéramos transmitir el recuerdo de esos comienzos a los frailes que ingresaran en nuestra Orden hasta el fin de los tiempos.

Efectivamente, para que con la muerte de fray Alejo no se perdieran irremediabilmente los datos y testimonios sobre el origen de nuestra Orden, y para que a nosotros, sus contemporáneos, no se nos inculpara de ingratitud, en varias ocasiones lo interrogué sobre esta materia.

Un día fui a verlo en su celda, con este fin preciso. Animado por un gran deseo de saber, lo entrevisté con sumo interés, tratando de recoger lo más ordenadamente que pude, todas las noticias más importantes con respecto a los orígenes. Transcribí luego en un folio en forma ordenada, todas las informaciones que de él había obtenido. Después, acostumbraba leer frecuentemente este escrito, siempre con gran amor, examinando detenidamente su contenido para fijarlo bien en mi memoria. Pero un día, en el convento de Siena, estaba yo sentado casualmente en el borde del pozo, teniendo en mis manos dicho documento que siempre llevaba conmigo y lo leía con mucha reverencia. Improvisamente, por envidia del diablo, se me zafó de la mano, ondeó un poco en el aire y, con gran dolor de mi corazón, fue a terminar en el pozo.

Después de esta pérdida, claro, con el paso de los años he olvidado muchos detalles que estaban escritos en el documento. Pero siempre he conservado en la memoria las noticias esenciales sobre el origen de nuestra Orden, tal y como las escuché del citado fray Alejo. Son las mismas que ahora reporto con absoluta fidelidad, por voluntad de nuestra Señora, quien me incita a hacerlo ahora, con particular insistencia, y las entrego para siempre a la memoria de los frailes que vendrán, como un gran tesoro que ellos han deseado.

EL AÑO DE LA FUNDACIÓN DE LA ORDEN

11. Por lo tanto, en el año 1233 después la Natividad de Nuestro Señor, durante el tiempo del Papa Gregorio IX, en la provincia de Toscana y en la ciudad de Florencia vio la luz el beato Felipe. En el mismo año de su nacimiento, en la misma provincia y ciudad, nuestra Señora quiso que surgiera su Orden, y que esta Orden le estuviera consagrada particularmente a Ella y que de Ella misma recibiera el nombre.

12. Y que en este tiempo tuvo su comienzo la Orden de nuestra Señora lo he sabido precisamente por medio de fr. Alejo, uno de los Siete primeros frailes que dieron principio a nuestra Orden; conversando con él durante varios años antes de su muerte, vine a conocimiento de muchas cosas acerca del origen de la Orden.

LA FUNDACIÓN DE LA ORDEN Y SU NOMBRE

24. Si fuera posible atribuir a cualquier otro, fuera de nuestra Señora, la fundación de nuestra Orden, tal atribución habría que hacerla sólo a los citados siete hombres, sobre todo por su perfección, y porque fueron los primeros en la Orden. Pero como oí decir repetidamente al mencionado fray Alejo, quien fue uno de los siete primeros frailes, de ninguna manera hay que atribuir la fundación de la Orden a los siete primeros frailes, tomados en su conjunto, ni a alguno de ellos en particular. Estas son las palabras que me dijo, y que frecuentemente repetía a los frailes, como ya se dijo antes: *Nunca*, decía, *fue*

mi intención, ni la de mis compañeros, fundar una nueva Orden; ni que de la comunión recíproca entre mí y mis compañeros surgiera una multitud tan grande de frailes. Mis compañeros y yo pensábamos solamente que de Dios habíamos recibido la inspiración de vivir juntos para cumplir más fácil y dignamente su voluntad, después de haber abandonado materialmente el mundo. Por tanto, todo esto hay que atribuírsele exclusivamente a nuestra Señora; y de ella nuestra Orden toma su nombre particular de Orden de la bienaventurada Virgen María.

33. Y que además dicho nombre no haya procedido de autor alguno como primer descubridor del mismo, sino solamente de nuestra Señora, resulta también de lo siguiente. En efecto, entrevistando a solas a fray Alejo también sobre dicho nombre especial de la Orden, y de dónde hubiera sacado origen, entre otras cosas, me contestó: *Yo, dijo, nunca pude saberlo; ni por mí, ni por otros tampoco se pudo jamás averiguar que este apelativo haya venido del hombre por primera vez: y por tanto recuerdo siempre que yo y los otros compañeros mis hermanos hemos creído oportuno afirmar que fue otorgado a nuestra Orden sólo por nuestra Señora.*

Ahora bien, siendo dicho fray Alejo uno de los Siete primeros frailes que con su unión dieron principio a nuestra Orden, nadie por cierto debe poner en duda que si hubiese sido escogido por alguna persona, él lo habría sabido. Desde entonces justamente se cree y se admite con toda seguridad por parte de nuestros frailes, demostrándolo con palabras y obras para no ser ingratos con tanto beneficio, como este nombre fue escogido desde un principio por nuestra Señora, la Virgen María, y conferido benignamente a los frailes de su Orden.

LA VITA EJEMPLAR DE FRAY ALEJO

27. Además, como yo mismo pude experimentar y observar con mis ojos, la vida de fray Alejo era tal que no sólo incitaba a los presentes con su ejemplo, sino que manifestaba la perfección suya y la de sus compañeros, al igual que el mencionado ideal religioso de los mismos. Debido a su avanzada edad, a sus enfermedades y al largo tiempo en que había soportado en la Orden el “peso del día del calor”, hubiera sido muy natural que buscara el necesario reposo, que pidiera alimentos adecuados a su edad, que utilizara vestidos que conservaran el calor, que durmiera sobre una colchón blando para dar alivio y descanso a su frágil cuerpo. En cambio, por su santidad y demostrando en ello su perfección y religiosidad, buscaba siempre lo contrario. Nunca pedía para sí mismo alimentos especiales o delicados, sino que comía siempre en el refectorio común, contentándose con la comida de la comunidad. Y si alguna vez, al agravarse la enfermedad, no podía participar a la comida en común con los demás frailes, no quería que por ello le cambiaran los alimentos del convento, sino que consumía lo que estaba preparado para la comunidad. Cuando mucho, sin exigir alimentos especiales o más abundantes, recogía algunas verduras en el huerto y las comía, habitualmente cocidas, para soportar el frío de su enfermo y anciano cuerpo.

Aborrecía el uso de vestidos demasiado finos, o mejor, buscaba conservar en el vestido un justo medio, evitando tanto la dejadez como el refinamiento. No quería que le fuera asignado un lecho adaptado a sus enfermedades, es decir cómodo y suave; sino que, como les consta muy bien a todos los que vivieron con él en el convento, usaba tablas de madera en lugar de colchón y un paño áspero en lugar de sábanas.

No evitaba los trabajos materiales, como de ordinario acontece a esa edad, sino que siempre los realizaba hasta más allá de sus fuerzas; y, aún cuando los frailes se quejaban

por eso, no escatimaba esfuerzo alguno en cumplirlos, con gran deleite suyo. En sus acciones, palabras y en todo su obrar conservaba la humildad y la caridad. Y nunca dejó de tener esta señal de la humildad, él que, como se ha dicho, era hombre de grandísima perfección y era considerado por todos los frailes con el máximo honor y respeto por tratarse de uno de los primeros Siete frailes, mediante los cuales nuestra Señora empezó la Orden. Buscaba, en cuanto de él dependía, ejercer los oficios comunitarios, incluso los más humildes y pesados, como el último de los frailes. Mientras que le fue posible, hasta contra el parecer de los frailes, quiso siempre salir del convento para buscar el sustento, en su día de turno, soportando el cansancio como cualquiera de los frailes más sanos y más recientes en la comunidad. Además se esforzaba por cumplir, como los demás frailes, con todas las tareas del convento, aunque fueran despreciables a los ojos del mundo. De esta manera manifestaba su amor hacia los hermanos y la humildad de su corazón, dejando un ejemplo que pueden imitar todos los frailes que deseen servir fielmente a nuestra Señora.

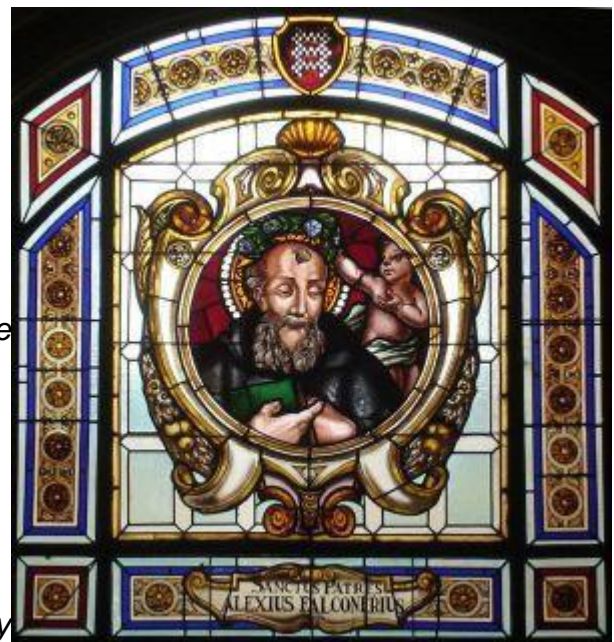
28. Habiendo llegado a una edad muy avanzada, pudo ver con sus propios ojos el incremento de la Orden, el gran número y la santidad de los frailes, y alegrarse con la seguridad de recibir el premio de parte de su Señora, la Virgen María, por haberle servido fielmente. El último día de su vida, según una noticia que recibí de fray Lapo de Florencia, sobrino de fray Sóstenes y que estuvo presente a la hora de su salida de este mundo, antes de morir, para demostrar la contemplación y la pureza suya y de sus compañeros, vio que unos ángeles venían a su encuentro en forma de aves blanquísimas y de una hermosura indescriptible; en medio de esas aves y ángeles estaba Cristo, en la forma de un bellissimo niño, con una corona de oro sobre su cabeza. Gritando con fuerte voz, indicó a los frailes que estaban a su alrededor lo que estaba mirando.

Vivió pues casi 110 años, y llegó hasta el año 1310 después de la Natividad del Señor. Por tanto, tomando en cuenta el tiempo en que él se reunió con sus compañeros para iniciar nuestra Orden, y poniendo este tiempo en relación con la fecha de su muerte, resulta que fray Alejo vivió en nuestra Orden durante casi 77 años.

SÚPLICA A SAN ALEJO

*Alejo, Siervo de Santa María,
nuestro hermano mayor,
santo de la Iglesia de Dios,
sustenta con tu oración nuestro compromiso de
servicio.*

*Fraile sencillo y sobrio,
tu alimento era frugal
tu ropa humilde;
rechazabas placeres y comodidades.
Dirige tu mirada a los jóvenes,
que, deseosos de lo que es duradero y
esencial,
se proponen seguir al Hijo del Hombre,
que ni siquiera tiene donde reclinar la cabeza.*



*Fraile caritativo,
siervo diligente y contento,
despreocupado de sí y solícito en acudir
“sin alarde” en auxilio de los hermanos,
ayúdanos a ser fieles a nuestro compromiso
de llevar los unos el peso de los otros
y de amarnos con hechos y de verdad.*

*Fraile de mirada profética,
testigo del Reino,
intercede ante el Altísimo
por los hermanos afligidos por los años,
para que, como tú, santo anciano,
conserven intacto el ideal de servicio
a Dios, a Nuestra Señora y a los hermanos,
seguros de recibir la recompensa del siervo fiel.*

*Ruega por nosotros, Alejo, venerable hermano,
tú que vives en la “Tierra Prometida”,
herencia del Padre, del Hijo y del Espíritu,
a quien sea honor y gloria
por los siglos de los siglos.
Amén.*

^[1] *Didaché* IV, 2, en *Didaché. Doctrina Apostolorum. Epístola del Pseudo-Bernabé*. Introducción, traducción y notas de Juan José Ayán Calvo, = Fuentes patristicas, 3 (Ciudad Nueva, Madrid 1992) p. 89: «Buscarás cada día la presencia de los santos para descansar en sus palabras».

^[2] LO 29.

^[3] Cfr., por ejemplo, la homilía de la Vigilia Pascual de 2006: «Un salto cualitativo de la historia universal que llega hasta mí, tomándome para atraerme. [...] El gran estallido de la resurrección nos ha alcanzado en el Bautismo para atraernos. Quedamos así asociados a una nueva

dimensión de la vida en la que, en medio de las tribulaciones de nuestro tiempo, estamos ya de algún modo inmersos. [...] Pienso que lo que ocurre en el Bautismo se puede aclarar más fácilmente para nosotros si nos fijamos en la parte final de la pequeña autobiografía espiritual que san Pablo nos ha dejado en su Carta a los Gálatas. Concluye con las palabras que contienen también el núcleo de dicha biografía: *Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí* (2, 20). Vivo, pero ya no soy yo. El yo mismo, la identidad esencial del hombre –de este hombre, Pablo– ha

cambiado. Él todavía existe y ya no existe. Ha atravesado un “no” y sigue encontrándose en este “no”: *Yo, pero “no” más yo*. Con estas palabras, Pablo no describe una experiencia mística cualquiera, que tal vez podía habersele concedido y, si acaso, podría interesarnos desde el punto de vista histórico. No, esta frase es la expresión de lo que ha ocurrido en el Bautismo. Se me quita el propio yo y es insertado en un nuevo sujeto más grande. Así, pues, está de nuevo mi yo, pero precisamente transformado, bruñido, abierto por la inserción en el otro, en el que adquiere su nuevo espacio de existencia. Pablo nos explica lo mismo una vez más bajo otro aspecto cuando, en el tercer capítulo de la Carta a los Gálatas, habla de la “promesa” diciendo que ésta se dio en singular, a uno solo: a Cristo. Sólo él lleva en sí toda la “promesa”. Pero, ¿qué sucede entonces con nosotros? Vosotros habéis llegado a ser uno en Cristo, responde Pablo (cf. *Gál* 3, 28). No sólo una cosa, sino uno, un único, un único sujeto nuevo. Esta liberación de nuestro yo de su aislamiento, este encontrarse en un nuevo sujeto es un encontrarse en la inmensidad de Dios y ser trasladados a una vida que ha salido ahora ya del contexto del “morir y devenir”».

^[4] LEÓN MAGNO, *Discurso 3 para a 'Epifanía*, PL 54, 240-244, en *Liturgia de las Horas I (Adviento-Navidad)*.

^[5] GREGORIO MAGNO, *Comentario al libro de Job*, Libro 13; Oficio de Lecturas, viernes de la tercera semana de Cuaresma.